

CAPÍTULO XIV

Conspiraciones de Querétaro y San Miguel el Grande.—D. Ignacio Allende.—Doña Josefa Ortiz de Domínguez.—D. Miguel Hidalgo y Costilla.—Grito de independencia.—La Virgen insurgente.—Toma de Granaditas.—El clero y la Inquisición.—Hidalgo en Valladolid.—Batalla del Monte de las Cruces.—Batalla de Aculco.—Hidalgo en Guadalajara.—D. José Antonio Torres.—Calleja en Guanajuato.—Batalla del puente de Calderón.

Las aspiraciones de un pueblo, fundadas en la naturaleza y protegidas por la razón y el derecho, jamás pueden destruirse; por eso



General D. Ignacio Allende.

fué que la conspiración abortada en Michoacán renació más vigorosa en Querétaro y en San Miguel el Grande. El jefe de ese nuevo movimiento patriótico era el esforzado capitán de dragones del regimiento de la Reina D. IGNACIO ALLENDE. Nacido en esta última ciudad el 21 de Enero de 1799 era hijo de D. Narciso de Allende y de D.^a Mariana Uruga cuando el acantonamiento de las milicias criollas en Jalapa obtuvo el grado de capitán, dándole este mismo rango facilidad de juzgar de la mala administración del país.

Estaba en relaciones con la Junta revolucionaria de Valladolid, y así no es extraño que al fracaso de ella intentara organizar otra. Para este fin se prestó con toda ventaja una tertulia que reunía en la ciudad de Querétaro DOÑA MARÍA JOSEFA ORTIZ, esposa del corregidor de esa ciudad D. Miguel Domínguez; ambos consortes amaban y deseaban la libertad de su patria, México, aunque superándole en entusiasmo la Sra. Corregidora, que no desperdiciaba oportunidad de conquistar adeptos.

Su claro talento, su agradable conversación, sus finos modales, unido todo á una irresistible simpatía con que realizaba todos sus actos, fácilmente se atraía la buena voluntad de quienes la trataban. Terreno fértil encontró el joven Allende para sembrar sus ideas en Querétaro, y colaboradora infatigable en Doña Josefa.



D.^a Josefa Ortiz de Domínguez.
(1821.)

Las agradables reuniones literarias fueron sustituidas por verdadero club de conspiración, formándolo los señores licenciados Parra y Altamirano, D. Francisco Araujo, D. Antonio Téllez, D. Ignacio Gutiérrez D. Epigmenio y D. Emeterio González, el regidor Villa, el Sr. Cervantes, el capitán D. Joaquín Arias, del regimiento de Celaya el teniente D. Francisco Lanzagorta el teniente Vaca, D. Ignacio Allende, D. Mariano Abásolo, D. Juan Al-



Lic. Miguel Domínguez.

dama, el doctor Manuel Iturriaga, y otros vecinos más de la ciudad y sus contornos.

Alma y cabeza de toda aquella reunión era el cura del pueblo de Dolores, D. MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, que á sus dotes personales reunía el prestigio de su carácter sacerdotal.



General Juan Aldama.

Era el cura Sr. Hidalgo hijo de padres criollos, D. Cristóbal Hidalgo y Costilla y D.^a Ana María Gallaga Mandarte, nacido en el rancho de San Vicente, perteneciente á la hacienda de Corralejo, jurisdicción de Pénjamo, el día 8 de Mayo de 1753.

Recibió su primera educación en el seno de su familia, yendo más tarde á seguir sus estudios al

colegio de San Nicolás de la entonces Valladolid, plantel en que se señaló como alumno aplicado y de talento.

Recibió las órdenes sagradas en 1778, y fué sucesivamente secretario, tesorero, catedrático y rector de su colegio. Pasó más tarde á la administración parroquial, sirviendo varios curatos, hasta que, por muerte de su hermano don Joaquín, se le dió el del pueblo de Dolores.

Desarrolló en él todas sus facultades de hombre útil, plantando extensos viñedos, que por orden del Gobierno fueron arrasados, estableciendo la cría de gusanos de seda, una fábrica de loza fina y otras mejoras para el progreso y bienestar de los feligreses.

No desconocía los trabajos de las Juntas de Valladolid, San Miguel y Querétaro, pues su preocupación constante fué la independencia de su patria; mas no viendo toda la so-



Dr. Manuel Iturriaga.

lidez necesaria en ellos, se abstenía de tomar parte directa.

Por el año 1808 hizo un viaje á Querétaro, y entonces fué cuando ya con franqueza se hizo miembro de aquella reunión revolucionaria, siendo entonces, como atrás se dijo, «autor y director de la revolución proyectada».

Fray Gregorio de la Concepción, que visitó en su curato al Sr. Hidalgo el año 1808, vió *el plan de revolución y gobierno* que tenía formado, y que, si no se puso en planta, fué por lo inesperado de la fecha del levantamiento.

Se había pensado hacer la revolución en la Villa de San Juan de los Lagos, aprovechando la feria famosa que en ella anualmente se celebraba el día 8 de Diciembre; pero faltando á sus compromisos D. Joaquín Quintana y D. Manuel Ochoa, delataron la conjuración el día 13 de Septiembre. En ese mismo día por la noche hacía igual cosa D. Eustaquio Bueras, y se asegura que ya antes lo había ejecutado el doctor Iturriaga en artículo de muerte.

El corregidor Domínguez, obligado por su empleo, salió á aprehender á los acusados, cerrando previamente con llave la puerta de su alojamiento, queriendo evitar así que su esposa cometiera una imprudencia.

Registró la casa de los hermanos González y encontró muchos cartuchos, por lo que aprehendió á D. Emeterio y á su hermano, así como á los demás comprometidos.

Sabedora de aquello D.^a Josefa, por medio de golpes dados en el pavimento de su habitación, señal de antemano convenida, llamó al alcaide Ignacio Pérez y lo mandó in-



D. Miguel Hidalgo y Costilla,
Padre de la Independencia de México.
(1810.)

mediatamente á San Miguel con una carta para Allende, dándole noticia de lo que pasaba.

Como ante el intendente de Guanajuato D. Juan Antonio Riaño se había hecho otra denuncia de la misma conjuración, ordenó á D. Francisco Iriarte que fuese á poner preso al cura de Dolores.

Logró Hidalgo saber la delación que pesaba sobre Allende, y le mandó llamar, llegando éste á la casa del cura de Dolores á las nueve de la noche del día 14. No encontró en San Miguel á Allende el emisario de la Corregidora, y se dirigió á la casa de Aldama y le entregó el recado de ésta: al momento emprendió el camino á Dolores, adonde llegó con el enviado de Querétaro á las dos de la mañana del día 15. Dormían todos en la casa, por lo que Aldama habló primero con Allende y luego pasó á la recámara de Hidalgo, que tranquilamente descansaba: recibió éste la noticia con la sangre fría que le era característica, y sin dar la menor muestra de temor ni de sorpresa, les dijo que la situación no era para entablar conferencia prolongada, sino para ejecutar hechos decisivos, únicos capaces de salvarlos por de pronto y de asegurar más tarde el éxito de la idea. «No hay más recurso, dijo, que ir á coger *gachupines*.» Mandó llamar luego en el acto á su hermano D. Mariano, á D. José Santos Villa y á sus domésticos, presentándose después otras ocho personas; sirvieron éstos á la vez para convocar á los vecinos D. Juan Quintana, D. Francisco Moctezuma, D. Matías y D. Miguel Avilés, D. Juan, D. Tiburcio y D. Antonio Games, los trabajadores de la alfarería y sedería Pedro José é Ignacio Sotelo, Francisco Barreto, Juan Anaya é Isidoro Serna, José María Perales, Atilano Guerra, Manuel Morales, José María Pichón, Jesús Galbán, Antonio Hurtado de Mendoza, Pantaleón Anaya, Brígido González y Vicente Castañón.

Al frente de este puñado de hombres mal armados se dirigió Hidalgo, acompañado por Allende y Aldama, á la cárcel pública, donde yacían varios pobres hombres encarcelados

por faltas de policía y no por crímenes atroces, como han escrito algunos; los incorporó á su pequeño ejército, marchando después al cuartel del piquete de soldados del regimiento de Allende, que inmediatamente se le incorporó.

Siguió á esto el poner presos á los españoles prominentes del pueblo y á los empleados públicos.

Empieza la luz á esclarecer el horizonte, cuando á las cinco de la mañana del día 16 se dirigió Hidalgo al frente de su hueste al atrio de la iglesia parroquial; se llamó luego á misa por ser domingo, y con los fieles que á ella acudieron se engrosaron las filas, armándose todos con lanzas, machetes, hondas y palos.

Les dirigió la palabra el anciano cura, pintándoles los males que sobre ellos pesaban, las iniquidades del Gobierno y las ventajas de la independencia: su aspecto venerable, su voz majestuosa y su atrayente palabra conquistaron al punto á sus oyentes, y de aquella compacta muchedumbre salieron robustos y vibrantes los gritos de ¡Viva la Independencia! ¡Viva América! ¡Muera el mal Gobierno!



La Virgen insurgente.

Al frente de 600 hombres salió Hidalgo de Dolores, á las once de la mañana de ese mismo día, rumbo á San Miguel el Grande, y al caer la tarde, á su paso por el pueblo de Atotonilco, tomó de la sacristía del venerado santuario un cuadro conteniendo á la *Virgen de Guadalupe*, y colocándolo en un asta lo entregó á un soldado para que, como estandarte lo llevase al frente de la tropa. Gran entusiasmo produjo esta medida y desde entonces el grito de guerra de los insurgentes fué: ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Muera el mal Gobierno! Frase que se cambió por el pueblo en ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!

Así se transformó la *Virgen criolla* en *Virgen insurgente*.

En San Miguel engrosaron las filas insurgentes con el regimiento de la Reina, haciéndose entonces la designación de jefe en la persona del Sr. Hidalgo, saliendo el 18 con dirección á Celaya, ciudad que ocuparon sin resistencia, y en la que el populacho cometió mil excesos.

En este lugar se dieron graduaciones militares, nombrando á Hidalgo *capitán general* y á Allende *teniente general*. De Celaya siguieron para Guanajuato, y desde la hacienda de Burras intimaron rendición al intendente Riaño el 28 de Septiembre, por medio de los comisionados don Mariano Abásolo é Ignacio Camargo. El intendente Riaño se negó á ello, pues ya desde el día 19 había mandado tocar á rebato, y no pudiendo contar con el auxilio del populacho, por haberse notado en su ánimo mucho afecto por la causa de la independencia, se resolvió en junta de españoles hacerse fuertes en la alhóndiga de Granaditas para resistir allí el ataque. En tal virtud, se encerraron en este castillo los españoles con sus familias y sus caudales, que montaban á más de tres millones de pesos en oro y plata.

Al regreso de los parlamentarios con la noticia de la negativa del Intendente, se aproximaron las tropas independientes, y á la una de la tarde se rompieron los fuegos. Los españoles se habían atrincherado en las calles, dejando en el centro el castillo; pero fué la carga tan terrible, que muy pronto tuvieron que replegarse al mismo castillo.

El ataque continuaba cada vez más terrible, y el Intendente, por su parte, con un valor á toda prueba, dictaba cuantas medidas estaban á su alcance para que la defensa no fuese infructuosa. La conducta observada por el Intendente es digna de elogio; él cumplía con un deber que era consiguiente al alto puesto que desempeñaba. El consideraba la independencia como una rebelión, y por lo mismo debía sostener á la autoridad ya constituida.

En medio del fuego nutrido se aproximó un soldado á

Hidalgo, y manifestándole que él conocía muy bien al Intendente, le pidió permiso para dirigirle un tiro exprofeso con su fusil, asegurándole que sería muy certero. Obtenido el permiso, se puso en acecho, y en una de las veces que el Sr. Riaño atravesaba de un lugar á otro la azotea, le dirigió aquel soldado su fusil, y asegurando su puntería, le descargó, atravesándole el corazón, por lo que cayó instantáneamente muerto.

La muerte del Intendente sembró la confusión entre los defensores del castillo; pues unos pretendían rendirse, otros estaban resueltos á continuar la defensa; y de éstos todos daban disposiciones que resultaban encontradas á cada paso. Los primeros elevaron bandera blanca en signo de paz, y los últimos la arrancaron y la arrojaron al suelo.

Los insurgentes, que se aperebieron de esa confusión, cargaron con mayor fuerza el ataque y lo redujeron hasta poner cerco al castillo. Trataron de echar la puerta abajo; pero las balas de los defensores ponían fuera de combate á los que se aproximaban á ella. Entonces un muchacho llamado Pípila se colocó una losa de piedra en la espalda, y avanzando en cuatro pies, llegó hasta la puerta, á la que pudo prender fuego, sin que la descarga de las armas españolas le pudiesen hacer el menor daño.

La puerta vino abajo, y los sitiadores se precipitaron á entrar; pero en él había un piquete de tropa española, resuelta á vender cara su vida, por lo que hizo terribles descargas sobre los asaltantes, causándoles un número extraordinario de muertos; pero al fin fueron arrollados por la muchedumbre, y pasados á cuchillo ellos y todos los españoles que se encontraron en el edificio.

Los independientes se apoderaron de todos los tesoros que encontraron en la alhóndiga, y la plebe se dispersó por las calles en el más completo desorden, cometiendo toda clase de excesos; comenzaron á saquear las casas de los españoles y á cometer toda clase de desórdenes. La más aterradora de-

solación reinaba en aquella ciudad; pero el Sr. Allende, cuyos principios se basaban en una educación muy bien dirigida, y su alma estaba animada de los más humanitarios sentimientos, salió él mismo á la cabeza de un piquete de dragones para restablecer el orden, habiéndose visto obligada á descargar cintarazos sobre los que no escuchaban la voz de orden que se les imponía.

El Sr. Alamán, muy respetable historiador, pinta con fatídicos colores los hechos de los independientes, declarándolos autores de todos los excesos cometidos, y oculta con malicia muchos actos en extremo repugnantes de los jefes españoles. Los caudillos de nuestra independencia hacían lo posible por reprimir los abusos; si mucho no consiguieron, es porque la guerra lleva consigo desoladoras consecuencias.

El Sr. Hidalgo, por su parte, mandó publicar un bando al día siguiente, en el que se imponían penas muy severas á todo el que cometiera cualquiera clase de abusos.

Aduenados de una ciudad de tanta importancia, estableció en ella el Sr. Hidalgo una fundición de cañones, y se procedió á la acuñación de dinero, empleando para esto último el mismo cuño español que hasta entonces se había adoptado en la colonia. Restableció el Ayuntamiento y procuró proveerse de armas y recursos.

Entretanto, el virrey Venegas, justamente alarmado por los triunfos de los independientes y por las creces que iba tomando aquel movimiento insurreccional, comenzó á organizar con la mayor actividad los medios de defensa y á disponer todo lo que juzgó necesario para sofocar aquella rebelión. Por violentos correos mandó órdenes al brigadier D. Félix María Calleja del Rey, jefe de la guarnición de San Luis Potosí, para que reuniera todos los elementos de guerra que estuviesen á su alcance y saliesen á la mayor brevedad á perseguir y á aniquilar á los insurgentes. Más aún: ofreció 10.000 pesos por cada una de las cabezas de Hidalgo, Allende y Aldama.

El clero y la Inquisición, por su parte, lanzaron excomunión sobre Hidalgo, Allende y Aldama, y todo aquel que se adhiriese á la causa de la independencia. Declararon proceder herético el filiarse entre los independientes y un ataque muy directo á la religión católica.

El primero que procedió así fué el gobernador de la mitra de Valladolid, D. Manuel Abad y Queipo, y sancionaron su edicto el Arzobispo de México y los Obispos de Puebla y Guadalajara, lanzando este último una serie de amenazas tan originales que se puso en un verdadero ridículo. La Inquisición no se quedó atrás por medio de su edicto de 13 de Octubre.

En cambio el Sr. Hidalgo, ilustrado teólogo y verdadero patriota, contestaba á las censuras eclesiásticas dando un manifiesto á sus compatriotas, en que les decía: «Abrid los ojos, americanos; no os dejéis seducir de nuestros enemigos..... ¿Creéis, acaso, que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este dogma, este nuevo artículo de fe? Abrid los ojos, vuelvo á decir.....; no escuchéis las seductoras voces de nuestros enemigos, que bajo el velo de la religión y de la amistad os quieren hacer víctimas de su insaciable codicia.»

El pueblo escuchó las sabias palabras del ilustre cura de Dolores, y cerrando los oídos á las amenazas de los prelados españoles, abrazó la noble causa y luchó hasta conseguir su objeto. El clero y la Inquisición lanzaron sus anatemas contra las huestes independientes, sin razón y sin justicia, mientras el Sr. Hidalgo hablaba con la conciencia del que defiende la verdad, y por lo mismo sus palabras resonaban como el rayo por los ámbitos de la colonia y conmovieron el espíritu de todos los buenos hijos de la nación.

El día 10 de Octubre salió Hidalgo al frente de 20.000 hombres para Valladolid, ciudad que tomó sin que se le opusiese ninguna resistencia; pues lo único que hicieron el comercio